

Reflexiones de un pedagogo caminante (II): la dimensión pedagógica de la mirada

Reflections of a walking pedagogue (II): The pedagogical dimension of looking

Juan Miguel Fernández-Balboa Balaguer

Universidad Autónoma de Madrid

CORRESPONDENCIA:

Juan-Miguel Fernández-Balboa Balaguer

Dpto. de Educación Física, Deporte y Motricidad Humana

Facultad de Formación de Profesorado y Educación

Universidad Autónoma de Madrid

Ciudad Universitaria de Cantoblanco

28049 Madrid

juanmiguel.fernandezbalboa@uam.es

Recepción: marzo 2011 • Aceptación: octubre 2011

Resumen

A raíz de una ceguera temporal, el autor empezó a reflexionar sobre la importancia de la mirada, tanto para la propia vida como para la pedagogía en general. En ese sentido, él afirma que la mirada, en sí, es raramente vista y observada de forma consciente en la escuela. Así, propone prestar atención tanto a la mirada que da el profesorado como a la que proyecta el alumnado. De este modo, podría obtenerse valiosa información que, utilizada de forma apropiada, brindaría múltiples oportunidades de educar.

Abstract

After a short period of blindness, the author began to reflect on the importance of the way of looking, both for one's own life and for pedagogy in general. In this sense, he affirms that the way one looks at others is seldom seen and observed in a conscious way in schools. Thus, he proposes to pay attention to the looks given by the teachers as well as the ones projected by the students. As such, one could obtain valuable information that, used appropriately, could offer a myriad of opportunities to educate.

Estoy seguro de que el lector conocerá un dibujo frecuentemente utilizado en Gestalt en el que, en su parte central, se aprecia lo que parece ser un “cáliz” y, a ambos lados de éste, hay dos “perfiles” negros, mirándose mutuamente (ver Figura 1)¹. Para mí, lo curioso de este dibujo es que la primera vez que lo miré lo único que vi fue el “cáliz”. Sólo después de que alguien me indicara la presencia de los dos perfiles, éstos salieron a la luz.

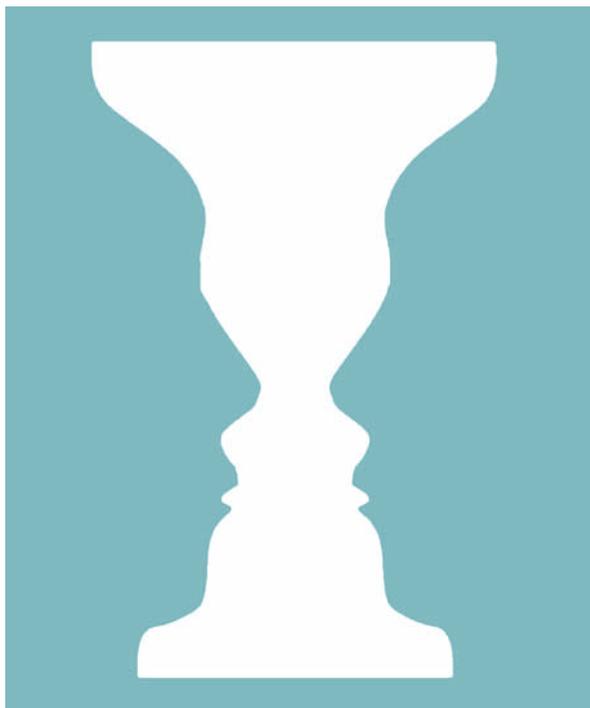


Figura 1. Miradas.

Me llama la atención el hecho de que esos “perfiles” estaban presentes en todo momento y, sin embargo, no aparecieron en esa primera mirada. Da la impresión de que, “ocultos” en otra dimensión, se dejaron ver sólo a razón de mi querer verlos.

Pues bien, al reflexionar sobre (mi) pedagogía y su relación con mi ser, voy, poco a poco, paso a paso, descubriendo cosas que siempre han estado ahí, cosas que, aunque evidentes para otros, me sorprenden gratamente al descubrirlas. Una de ellas es la dimensión pedagógica de la mirada.

Hace un par de años, al llegar a casa después de una sesión de entrenamiento de fuerza en el gimnasio, mi visión quedó temporalmente bloqueada, como si, de repente, alguien me hubiera colocado un velo semitransparente en los ojos. Siendo incapaz de enfocar

la mirada, quedé prácticamente incapacitado durante más de una hora. Afortunadamente, al cabo de ese tiempo recobré la vista pero, desde ese día, ya no he “visto” igual. Podría decirse que aquel rato de ceguera despertó en mí la consciencia sobre la importancia de ese sentido. Desde aquella experiencia, estoy aprendiendo a ver de diferentes formas y a mirar las cosas y a las personas con “otros ojos”. En este aprendizaje, he empezado a observar las muchas posibilidades pedagógicas que la mirada ofrece y a entender que la “realidad”, lo que veo, en muchos casos, está en función de mi intención de ver y del grado de atención que presto.

En la escuela (sea en el aula, el gimnasio, los pasillos o el patio) hay muchas cosas que no se suelen ver, pero que están. Una de ellas es la propia mirada. Si nos centramos en ella, caeremos en la cuenta de que en la escuela hay una mirada de miradas: adormiladas, alegres, atentas, (in)directas, confusas, vacías, tensas, distendidas, distantes, cercanas, perdidas, (in)quietas, (des)interesadas, sospechosas, ausentes, fijas, hirientes, desafiantes, etc². Es más, cada una de ellas contiene una información concreta sobre las personas que las dan y las reciben. Intuyo, pues, que si prestamos atención a las miradas, nuestras y ajenas, descubriremos interesantes implicaciones y aplicaciones personales y pedagógicas.

En este sentido, hace ya algunos meses, empecé, de forma intencionada y atenta, a analizar mi propia mirada y la de quienes comparten el aula conmigo. En mi caso ha resultado un ejercicio esencial, pues esos momentos de auto-atención me han abierto espacios de consciencia muy reveladores.

Así, he caído en la cuenta de que, en mis clases, en un mismo instante, coinciden diversos tipos de miradas. Éstas, lo queramos o no, nos delatan, reflejan aspectos de nosotros mismos (ej., intenciones y estados anímicos). Por ejemplo, si lo que pretendo en el aula o en el gimnasio es *educar*, y soy coherente con esa intención, mis miradas serán muy distintas a las que podría dar si mi finalidad fuese, pongamos, *vigilar y controlar*. Lo mismo puede decirse acerca de la mirada tan diferente que puedo proyectar dependiendo de si estoy alegre o frustrado; quien la vea sabrá, con cierta precisión, cómo me siento.

2 Otras miradas pueden ser: cariñosas, discernidoras, dispersas, vigilantes, atentas, concentradas, indicadoras, ciegas, asombradas, apáticas, introspectivas, aterradoras, aterradas, valientes, cobardes, seductoras, tristes, inquisidoras, desesperadas, ansiosas, trianguladas, perdidas, desaprensivas, curiosas, poderosas, vacías, sugerentes, seguras, vacilantes, insulsas, tensas, distendidas, (des)cansadas, cándidas, cálidas, apasionadas, frías, deseadas, no deseadas, emocionadas, emocionantes, despistadas, de encuentro, pasmadas, engañosas, ocultas, disimuladas, sobrias, inteligentes, etc.

1 Extraída el 11/2/2011, de http://2.bp.blogspot.com/_mXL5SHIStcE/S0tnt9ZIT-I/AAAAAAAAAK0/vY6cQnJdGFs/s320/image.png

Por otro lado, mi mirada tiene el poder de provocar ciertas reacciones en quienes la reciben; de tal suerte que, además de revelar algo sobre mí, a su vez engendran miradas concretas en el propio alumnado. Supongamos que miro a un alumno con cara de pocos amigos. Lo lógico es que éste, dependiendo de la situación y de su propia percepción y confianza, si no desvía su mirada para no enfrentarla a la mía, me mire o con miedo, o con rabia, o con dolor o con una mezcla de todo; pero nunca me mirará con agrado. Si, por el contrario, le dirijo una mirada de simpatía, seguramente, la suya será afín.

Además, las miradas del alumnado, no sólo las dirigidas a mí, sino todas en general, también contienen provechosas pistas para cualquier pedagogo, pistas que, una vez descubiertas, brindan útiles oportunidades de actuación. Hace poco, tras observar la mirada ausente en un alumno, me acerqué y le pregunté cómo estaba. Resultó que esa mañana había tenido un pequeño accidente de coche y, al contármelo, pudo desahogarse un poco. Al día siguiente, al cruzarnos por el pasillo, nos sonreímos con cierta complicidad. Su mirada me indicó que ya se sentía mejor, y yo me alegré por ello. Simplemente eso ya valió la pena.

También, cuando observo las miradas que el alumnado se da entre sí, aprendo muchas cosas acerca de sus distintas formas de interrelación. Percibo quién es el líder, quién pertenece al “círculo de poder” del grupo y quién está excluido del mismo. Con esa información, puedo prever situaciones e intervenir apropiadamente cuando la ocasión lo requiere. Sin esa atención a la mirada, perdería todas esas oportunidades pedagógicas.

Dicho de otro modo, si nuestra mirada quedase registrada en un “mapa de miradas”, al cabo del día, comprobaríamos, por un lado, los lugares y las personas que más nos han llamado la atención, pues habría una mayor concentración de puntos en esas coordenadas; mientras que, por contra, los huecos en ese mapa nos permitirían apreciar las zonas y las personas inadvertidas. En mi opinión, lo sensato, tras este análisis, sería equilibrar esas diferencias lo mejor posible, prestando a éstas últimas una especial atención. Aun así, aunque no dispongamos de ese “mapa”, lo cierto es que hay alumnos y alumnas a quienes nunca o rara-

mente se mira, siendo (y sintiéndose) “invisibles” a los ojos del profesorado y del alumnado. Imaginando su soledad y tristeza, pienso en lo diferente que sería su experiencia en la escuela si fueran vistos. Ni que decir tiene, hay otros que, por considerárseles “fastidiosos”, son demasiado vistos, pues se les mira sólo para vigilarles y castigarles. Con respecto a éstos últimos, me pregunto si esas miradas no tienen un efecto *Pigmalión*, haciendo realidad lo que se pretende ver, o sea, que quien es así observado actúa conforme a lo que se espera de él o ella. Opino que lo uno y lo otro debería corregirse, y más en el contexto educativo.

En definitiva, la mirada revela ciertas cualidades, propias y ajenas; nos señala sentimientos y humores; y da pistas sobre a quién cuidar, a quién alentar, a quién incluir, a quién tranquilizar, etc. Además, nos ayuda a (re)conocernos a nosotros mismos, informándonos también sobre cómo (re)conocemos a los demás, y cómo ellos nos (re)conocen y se (re)conocen entre sí. Todo esto, y mucho más, encierra la mirada. Por eso, saber *verla* tiene una gran importancia pedagógica. Desde esta perspectiva, hay preguntas que todos podemos hacernos, tales como: ¿Qué miradas tengo yo? ¿Con qué intenciones las doy? ¿Cuándo, y cuándo no, las utilizo? ¿A quién, y a quién no, las dirijo? ¿Dónde, y dónde no, suelo mirar? ¿Qué miradas tiene el alumnado? ¿Cuáles pueden ser sus intenciones al darlas? ¿A quién, y a quién no, las dirige? ¿Dónde, y dónde no, suele mirar? ¿Cómo sería la vida en la escuela si nos fijásemos en la mirada? ¿Cómo sería la vida en general si prestásemos atención a la mirada en la escuela?

Al responder a estas preguntas, emerge el poder alquímico de la mirada: cuando la cambio, todo cambia, desde mi percepción de lo que ocurre, mi estado de ánimo, mis acciones, el ambiente de la clase, hasta incluso el nivel de atención, participación y alegría de mis co-aprendices. La clave está en darse cuenta de que, como en el ejemplo de “los perfiles” de la Figura 1, las miradas –las nuestras y las del alumnado– siempre están ahí, al alcance de quien quiera verlas. Para mí, se han convertido en una fuente de inspiración y saber con inagotables y valiosas posibilidades. De hecho, me pregunto si, en esencia, *no soy como miro y miro como soy*. Tal vez por eso se diga que los ojos son el reflejo del alma..